

LOS REYES EN LA PRESIDENCIA DEL CONSEJO

GASPAR.—EN ESTE BALCÓN NO HAY NADA.

MELCHOR.—¡CLARO! COMO QUE ACABAN DE PONERSE LAS BOTAS.



Por lo demás, ya pueden los catarros demócratas expectorar cuantas amenazas se les ocurran; ya puede rugir Maura, mientras se cura los remos fracturados por un automóvil.

Y menos mal que la fractura ha sido con-minuta, de las de D. Antonio.

El Gobierno está firme en sus trece.

No vayan ustedes á dar una significación maliciosa á este número profunda-

mente aciago. Las trece del Gobierno son las trece arrobas corridas del Presidente.

¿Qué le falta al Gobierno para defenderse como los capitulados de Puerto Arturo?

Nada, nada. Con César en el Ministerio de la Guerra, con el organizador de la derrota sentado en el Gabinete ó en el *cabinet*, dicho sea sin perdón... no capitulan—como dice *El País* en letras, na-

turalmente, capitulares.—EN MEMOS DE UN AÑO.

¡Oh errata simbólica y providencial la del querido colega!

Sépalos el país, pues *El País* lo dice. Azcárraga y su comparsa de entretiem-po están en el Gobierno como Stoes-sel en Puerto Arturo.

Y no les harán entregarse ¡EN MEMOS DE UN AÑO!

¡EL PAPEL VALE MÁS!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Un matrimonio, al parecer, catalán, doña Pilar Juvé Olivella y D. José Esteva González, en vez de hacer lo que hacen todos los matrimonios en cumplimiento de lo preceptuado taxativamente por la Santa Madre Iglesia para eso del *crescite et multiplicamini*, se dedica en Barcelona á procrear novelitas de poco peso y fácil extravío, como dijo el clásico.

Una de estas novelitas, titulada *Herminia*, ha tenido la desgracia de caer en nuestras manos, que el Marqués de Vadillo no vacilará en calificar de pecadoras y... la verdad, otra cosa no, pero lo que es la dedicatoria no se la perdonamos á ustedes, ni á los señores de Esteva.

Dice así:

«A nuestros padres.

Aceptad, padres *idololatrados* (sic.)...

(Se ve que estos Estevas no se entretienen corrigiendo pruebas)

... este pequeño, ínfimo tributo del filial amor.»

»En nuestros juveniles sueños pensábamos obsequiaros con magistral novela de elevado vuelo; mas ¡ay! que nuestra impotencia no lo permite.»

¿Han visto ustedes qué lástima?

Un matrimonio joven va y se decide á concebir y dar á luz novelitas de á 0,50 el volumen, con la esperanza de que alguna de ellas resulte magistral y de elevado vuelo... mas ¡ay! luego resulta que

nada, que no pueden, ni aun reuniéndose marido y mujer y poniendo en ello todo su ahinco, hacer cosa de provecho, á causa de esa... mala disposición en que se encuentran.

«Aquellos bellos encantadores sueños—prosigue el matrimonio—se derrumbaron, cual vana torre abatida por los siglos; nuestra viva imaginación...»

¡Caramba con los Sres. de Esteva! á pesar de todo lo dicho anteriormente, ellos se creen dotados de una imaginación volcánica.

¡Qué error tan grande el del matrimonio!

«...conció un presente *expléndido* (así, con *equis* y todo. Si llegan á tener un niño lo llaman *Lexmex*, y si es chica, *Esperanza*), colosal, digno de vosotros: la dura realidad lo destruyó, cual se destruye peregrino castillo de cartas en el aire.»

¡Qué manera de involucrar tienen esta señora y este caballero! Ellos han oído hablar de castillos en el aire y de castillos de naipes ó de cartas y ¡zás! han formado con ambas cosas un pisto tan incongruente como el Ministerio Azcárraga.

«¡Qué hacerle!... Impotentes (segundo golpe á esta peligrosa palabra), pequeños (además son chiquitines), os ofrecemos nuestro pobre tributo: dignaos aceptarlo como preludeo de quizá futura grandeza...» etc., etc.

No, señora y caballero, no: por ese camino no llegarán ustedes á la grandeza *quizá futura*.

Ni nadie llega á eso escribiendo novelitas de á dos reales, como tampoco se llega poniendo un baratillo en la feria.

En resumen: la novelita *Herminia* nos parece una verdadera chuchería. Y si los matrimonios españoles dan ahora en la flor de componer libritos insustanciales en vez de consagrarse á las agradables faenas propias de tan perfecto estado y conducentes á la paternidad, va á ser terrible, porque sobrevendrá la despoblación de la Península por la más triste causa que pueda imaginarse: por la literatura barata.

Urge, pues, que el Instituto de Reformas Sociales y el Ministerio de la Gobernación, ó quien corra con estos asuntos, se preocupen seriamente del terrible peligro que nos amenaza.

¡Ah! Después de revisada la novela, leemos en la última página que uno de los autores, el varón, ha escrito otra premiada por la «Asociación Española Artístico-literaria» de Madrid.

¿Qué Asociación es esa? ¡A ver, que se presenten los señores artistas y literatos que componen esa congrua y premian al Sr. Esteva! Sería curiosísimo verles las caras...



POLAVIEJA CON ZAPATOS NUEVOS

El buen general cristiano se paseaba la otra tarde, dando visibles señales de impaciencia, por su gabinete. De cuando en cuando preguntaba á su ayudante la hora.

—Pero, hombre, ¿qué hará César que no viene?

Nunca había sentido tamaña angustia el pacificador de Filipinas. Por fin, la brusca parada de un carruaje ensanchó el alma de D. Camilo.

—¡Ahí está!—dijo emocionado, mucho más emocionado que Weyler á la vista de su sastre cuando le llevó el último traje de levita.—¡Ahí está!—exclamó gozoso, y bajó de cuatro en cuatro los escalones, sin fijarse en que no llevaba nada en la cabeza, lo mismo que cuando quiso

ser hombre político. Y nervioso, anhelante, arrebató de las manos de César el nombramiento de Jefe del Estado Mayor, que éste le traía envuelto en papel de seda.

—Es necesario que todo el mundo sepa—dijo volviéndose á un escribiente—que soy el jefe del Estado Mayor. A ver, usted que tiene buena letra, haga un suelto expresivo para los periódicos. Escriba usted á Alemania, á Inglaterra y á los Estados Unidos; telegrafíe, con contestación pagada si es necesario, y sobre todo, no se olvide de comunicárselo esta tarde al R. P. Martínez, y á las Hermanitas de la Misericordia, y á los Hermanos de la Buena Doctrina, y, en general, á todas mis relaciones eclesiásticas.

¡Bueno es que me hayan nombrado Jefe del Estado Mayor, pero no debo olvidar que por encima de eso soy general cristiano! ¡El envidioso de Linares se morderá los entorchados de rabia! Diga usted, amigo César, y aquí, en confianza: eso del Estado Mayor, ¿hacia dónde cae? ¡Tengo ya un plan magnífico! ¡Si lo sospechase Kuroki!... ¡Me sonrió yo de la estrategia!

Cuando D. Camilo se acostó aquella noche, su sueño fué agitado.

Su ayuda de cámara le oyó pronunciar entre otras incoherentes palabras las siguientes:

—¡Alejandro! ¡Napoleón! ¡Moltke!... ¡y yo!

¡Pobre D. Camilo!



¡HORRIBLE CONFLICTO!

(Despacho de D. Marcelo. El heroico general lee con aire displicente «La Semana Católica». A ratos suspira y eleva sus ojos al cielo. Ugarte asoma su Gracia y... Justicia por el foro.)

—¿Se puede, D. Marcelo?

—¡Adelante, Ugartínez de mi alma! ¡Ya estaba impaciente! Ahora mismo te iba á mandar un aviso por Cardenitas para que vinieras. Como está de ministro de entrada, al pobre lo utilizo como

continental y me hace muy bien los recados. ¡Ay, Ugartínez, me sucede una cosa horrible!

—¡Qué! ¿Acaso el vientre...? (Palpándole con cariñosa coquetería el abdomen.)

—¡Ojalá! ¡Otra cosa peor!

—(Fijándose.) En efecto, tiene usted un aire preocupado, triste, como el día que le colgaron el borrego famoso. ¡Grave debe ser cuando le veo á estas horas sin afeitarse! (Espantado y vacilante.) ¡Cielos!

¿caso se abren mañana por la tarde las Cortes? Porque esa sería una broma pesadita.

—No, Ugartínez, no. Lo que sucede es que César y Castellano no tienen representación.

—¡Hombre, de Castellano no me extraña! ¿Cómo la va á tener un hombre tan pequeñito?... Pero César sí, César es un buen mozo, y además sabe el francés mejor que Polavieja, que no lo conoce.



REPRISE DE «CADIZ», CON MÚSICA DE CHUECA O EL INGLÉS DE LAS NIÑAS CASADERAS

CÁDIZ SER
EL TERRITORIA DEL PLASER.
MÍ PENSAR
EN CASAMIENTA SIN TARDAR.

—Hablo de la representación parlamentaria, y ¡ese es el compromiso! ¿Cómo quieres que vayamos á las Cortes con dos ministros que no tienen representación parlamentaria? Porque los demás todos la tenemos, incluso Cárdenas, que por cierto no sé quién se la dió, ni me importa.

—¿Y cómo resolvemos el conflicto?

—¡Si eso se pudiera otorgar como una licencia de caza y pesca, ó aunque fuese licencia eclesiástica! Porque ya sabes que

hay muchos ordinarios amigos nuestros.

—¿Y por qué no pedirles prestada á dos obispos senadores su representación por unos días? Sabiendo que era cosa nuestra, lo harían con mucho gusto. Después de todo, ya sabe usted que su reino no es de este mundo.

—¡Calla, Ugartínez, que siento agitarse en mi vientre una idea! Ya sabes que Vadillo quiere que cubramos unas vacantes. Todos los días me lo dice: «¡Esas

vacantes, D. Marcelo! ¡Que se nos van á morir varios senadores amigos si no las proveemos á escape!» ¡Ahí está la solución del problema! Puesto que hay que nombrar varios senadores vitalicios, hagamos á Villar y á Castellano padres de la patria. ¡Y eso que nombrar vitalicio á Castellano, Ugartínez...! Castellano para toda la vida. ¡Cuántas veces me lo van á echar en cara en el Senado! Pero no hay otro remedio; y además, para eso soy

Presidente, ¡que demonio! ¿Demonio he dicho yo, Ugartínez? ¡Libreme el cielo! Mejor diré, ¡qué ángel caído!

—Me parece sencillamente admirable; y ya que le veo á usted decidido á cubrir esos puestos, acuérdesese del conserje que tenemos en el Círculo Católico. ¡Por la tarde no tiene nada que hacer!

—Cuenta con la senaduría. Y hablando

de otra cosa. ¿seguís ensayando los discursos, para que vayáis á las Cortes bien preparados y no hagamos ninguna plancha?

—Todos los días. ¡Si viera usted qué progresos ha hecho Aguilar de Campóo!

—¿Qué me dices? ¡Pues antes no tenía ni un pelo de orador!

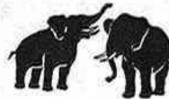
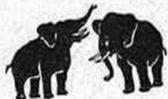
—Sí, pero como ahora ha estrenado

peluquín, ¡vaya usted á saber si encenderán su elocuencia los cabellos de algún tribuno ilustre!

—Y á César, ¿le has oído?

—¡Un bendito! ¡Con decirle á usted que por hablar bien, habla bien de las reformas del general Linares!

—¡Tienes razón, Ugartínez! ¡Eso es el colmo!



CANCIONERO GEDEÓNICO

¡Brrr!... ¡Qué frío!... Mal empieza del año nuevo el reinado... Desde que el trono ha ocupado nos trata bastante mal,

pues nos envía el Invierno cuando estábamos gozosos con los olvidos graciosos de un tiempo primaveral.

En pleno mes de Diciembre, de Abril lució la hermosura... ¡qué dulce temperatura!... ¡qué tibias noches de amor!...

El mil novecientos cinco su rostro muestra severo y nos manda un mes de Enero de heladas, vientos... ¡Qué horror!

Yo acato las decisiones de mamá Naturaleza, pero me causa tristeza ver que nos hace sufrir...

¡Por qué abusa de nosotros con estas temperaturas? ¡Por qué guarda sus dulzuras sin saberlas repartir?...

Puesto que está decidido que haga frío en el Invierno, ¡venga entonces ese tierno calor de la juventud!...

Si el sol tuesta en el Verano, por ser condición precisa, ¡vengan con la fresca brisa la alegría y la salud!...

¡Todo está mal repartido!... Y hasta el propio Ministerio, que trabaja en el misterio por el bien de la nación,

ofrece, junto al exceso de Marcelo el sobrehumano, al pequeño Castellano que nos llama la atención...



Como era consiguiente, con estos fríos pescó un nuevo catarro

Montero Ríos; y sus nobles amigos

—coro de viejos— también tosieron mucho, por no ser menos...

¡Buena está entre nosotros la Democracia!

¡Siempre buscando alivios con las tisanas!...

Son todos sus encantos crepusculares, y sus únicas flores son las cordiales.

En una canariera —que era su todo—

se reunieron en junta los infusorios á contarse las penas que les afligen junto al lecho en que suda López Domínguez...

Una nota sacaron, ¡pero qué nota! ¡son tan viejos los pobres, que desentonan!...

Una nota que, osada, retumba y huele, se le ha escapado á alguno... ¿qué duda tiene?

Vaya, nobles ancianos, que aún es muy pronto...

¡Sudad el catarrito, que viene el coco...!

¡Paz haya entre los miembros de la familia,

y no echéis á don Segis la zancadilla...!

Muy demócratas todos, muy liberales,

seréis de don Marcelo los reemplazantes en la estación que guarda las ansias vuestras...

¡Cuando brotan las lilas! ¡En primavera!



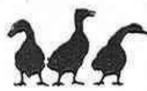
Aunque contento y ufano se siente con su cartera, resulta que Castellano ni es diputado siquiera.

Puede ir al Salón y hablar todo cuanto se le pida, mas si tocan á votar se ha de salir en seguida.

Los precedentes invoca, y yo su ambición anoto... Tiene voz, mas tiene poca y aspira á gozar del voto.

Para otorgarle ese honor, y con la gracia bendita, le van á hacer senador para toda su vidita.

Y al ocupar esa plaza de su importancia al servicio, ya que no es un Vital Aza, será el hombre un vitalicio.



GEDEÓN, MORENO

He visto *Las estrellas*, especie de sainete que Arniches ha escrito para nuestra inconmensurable actriz Loreto Prado, y, la verdad, no le encuentro tan grande como dicen algunos críticos, subcríticos y sota-críticos, de las tres clases de escarpelo que por acá disfrutamos. *Las estrellas* tiene dos lunares, como casi todas las criadas que ejecutan el consabido tango. Dos lunares que le hacen muy poca gracia; son á saber: la pesadez propia de un discurso rodriguezsampedresco, y cierto tufillo de moral casera que se desprende de su propia esencia.

Sin embargo, este último lunar resulta un motivo de elogio para algunos entusiastas. Parece ser que Arniches «conoce muy bien á su público» y sabe, por lo tanto, cuáles son sus gustos y sus aficiones; por eso, al «meter» un poquito de

tesis en *Las estrellas*, contaba ya con la aprobación del ilustre senado.

¿Sainete con tesis?... Sí, señores, con su poquito de tesis, como si fuera una persona mayor. Y, precisamente por tenerla, fué del agrado de la galería, si bien algunos impacientes de las butacas se permitieron introducir sus bastones...

¡Bienaventurado mortal éste Sr. Arniches, á quien llaman D. Carlos con respeto y humildad las gentes que *pululan* por escenarios y contadurías! Las empresas esperan con ansia sus producciones; los músicos disputan el honor de ponerlas en solfa; dedican los periódicos un par de columnas á comentarlas, y hasta los más exigentes escarpelizantes le perdonan que no sea escritor, ni literato, ni poeta, ni artista, porque en cambio es ¡hombre de teatro!...

Dedícate, pues, ¡oh amado Teótimo! á ser hombre de teatro, si quieres tener dinero, nombre, influencia y consideración... Porque los tiempos cambian y las costumbres progresan hasta en el ameno campo de la vaga literatura; y si antes sólo se llamaba autor dramático al que en dramas ó comedias conmovía ó interesaba al público con la fuerza de su pensamiento ó la grandeza de su poesía, hoy basta para adquirir tal nombre componer cuatro piecitas con chistes más ó menos oportunos, ya gordos como Azcárraga, ya imperceptibles como el ministro de Hacienda.

Y hechas estas cuatro vaciedades ó sencillas consideraciones, despedámonos del Genio, en latín bárbaro, que es el de las circunstancias:

¡Ave, Arniches, currinchuri te salutant!

...Y ARMAS AL HOMBRO

Advertimos al excelentísimo y celosísimo señor gobernador de esta ínsula ó provincia, que el presente número ha sido impreso y dibujado antes de las doce de la noche del miércoles.



La anterior advertencia requiere una explicación.

Gedeón había resuelto contravenir el ominoso reglamento, ó ley, ó lo que sea, del Descanso dominical, saliendo á la calle los domingos.

Y, en efecto, salió tan ufano el día 1.º del corriente, con su ropita de cristiano y vendiéndose por el irritante precio de diez céntimos.

Ya comprendía Gedeón que hay quien se vende por menos, pero aquí se trataba ante todo de salvar los principios, como dicen los demócratas cuando ven que el cocido *periclit*a.

Salió, pues, á la calle, como un hortera atolondrado, y á los pocos pasos observó que le seguían dos sujetos sospechosos, de esos de bota recia, bastón recio y bigote recio, que suelen adornar la plaza de Oriente y hasta hace poco formaban un delicioso festón humano en ambas aceras de la calle de la Lealtad.



Por si sus trazas dejaban algún resquicio á la duda, al llegar á la Cibeles, uno de los dos concomitantes se encuentra á un amigo de *gorriya* y le dice á grito pelado:

—Oye, tú, Gorni, ¿sabes que ya estoy colacao?

—¿Dónde?—le pregunta el socio.

—¡Tomal! ¡En la secretaaa!—repite el otro, con la discreción propia de su sexo y profesión.

Entonces Gedeón lo adivinó todo y, temblando por su seguridad, se metió en el primer simón que pasaba y se volvió á su casa.

¡Aquellos dos hombres sospechosos eran ¿quién lo pensara? dos sicarios de la reacción, dos terribles esbirros del celoso gobernador de esta ínsula!

Por lo cual Gedeón decidió no volver á salir de casa los domingos.

Y por eso sale hoy jueves y seguirá saliendo, si no le persiguen nuevamente los odiosos sayones preinsertos.

Para evitar lo cual ha puesto en juego todas sus influencias con el Gobierno.

Y espera que le sirvan.

Por algo las ha puesto en juego.

Háganle, señores.

Y no va más.

Por lo demás, como han pasado tan pocos días desde la última vez que nos vimos, casi no tenemos nada que contarnos.

Lo único notable que ha ocurrido ha sido la toma de Puerto Arturo, puchero de enfermo que ya sólo interesaba á nuestro amigo Ramiro de Maeztu, quien apareció el lunes pirueteando de júbilo por esas calles.

En la tertulia de Montero Ríos se comentó bastante la ocurrencia de los japoneses.

Luego, el acreditado yerno Sr. Vincenti (D. Eduardo) declaró que él había estudiado el plan de ataque y que estaba seguro de obtener un éxito completamente japonés en la toma de la *Gaceta*.



—No nos falta—añadió entusiasmado, —ni siquiera general, porque si los japoneses tienen á Nogi, nosotros poseemos un general López que no es moco de pavo.

Y todos convinieron en que, efectivamente, el invicto general, si es algo de pavo, no es el moco.

Sino otra cosa que ni huele ni sabe.

Única noticia sensacional.

«A última hora de la tarde han celebrado una conferencia reservadísima en el despacho de la Presidencia el señor Presidente del Consejo de Ministros y el ministro de la Gobernación.»

«Se atribuye importante carácter político á esta conferencia.»

He aquí una noticia que para el día de Inocentes no estaba mal del todo.

Nosotros, cuando la conferencia se celebró, andábamos por allí, como de costumbre, metiéndonos en lo que no nos importaba.

Y á lo mejor, vimos al general que salía muy sofocado y con unos papeles en la mano hacia un rincón del pasillo.



Al poco rato volvió más pálido y sin papeles.

Entonces, ya no dudamos ni un momento.

Trabajo costó, pero... la combinación de altos cargos estaba hecha.

Ha habido una cacería en Mudela, como todos los años.

Y ¿á que no saben ustedes quién ha matado menos perdices que nadie?

D. Raimundo F. Villaverde.

¡Qué desdicha de hombre!

Parece ser que las perdices se le enre-

daban entre las piernas, y él, nada, sin hacer puntería ni una sola vez.



¡Cosa más triste que la decadencia de D. Raimundo!

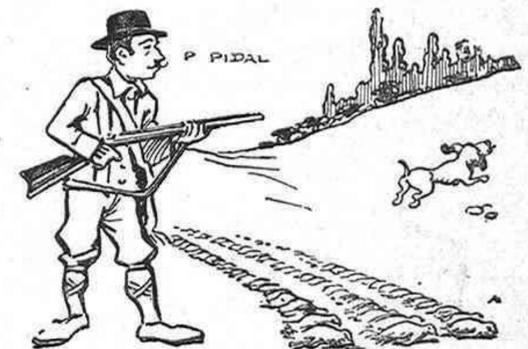
Ya, ni á pelo ni á pluma.

Se conoce que la enfermedad de la peseta se le ha comunicado también al arma.

Y el hombre dice melancólicamente, dándola unos golpecitos al encerrarla en la caja:

—¡Ay, pobrecita, qué enfermita te tengo!

En cambio, el Marqués de Villaviciosa de Asturias ha matado, según la cuenta, ciento sesenta y cuatro perdices, puras como el aliento de los ángeles, etcétera, etc.



Total, que si los diputados de oposición fueran perdices, ya podía el P. Nozalda irse á Valencia tranquilo y satisfecho.

Mas ¡ay! que el Parlamento no es una dehesa.

Aunque lo parezca muchas veces.

Sobre todo, si se mira á los bancos de la derecha.

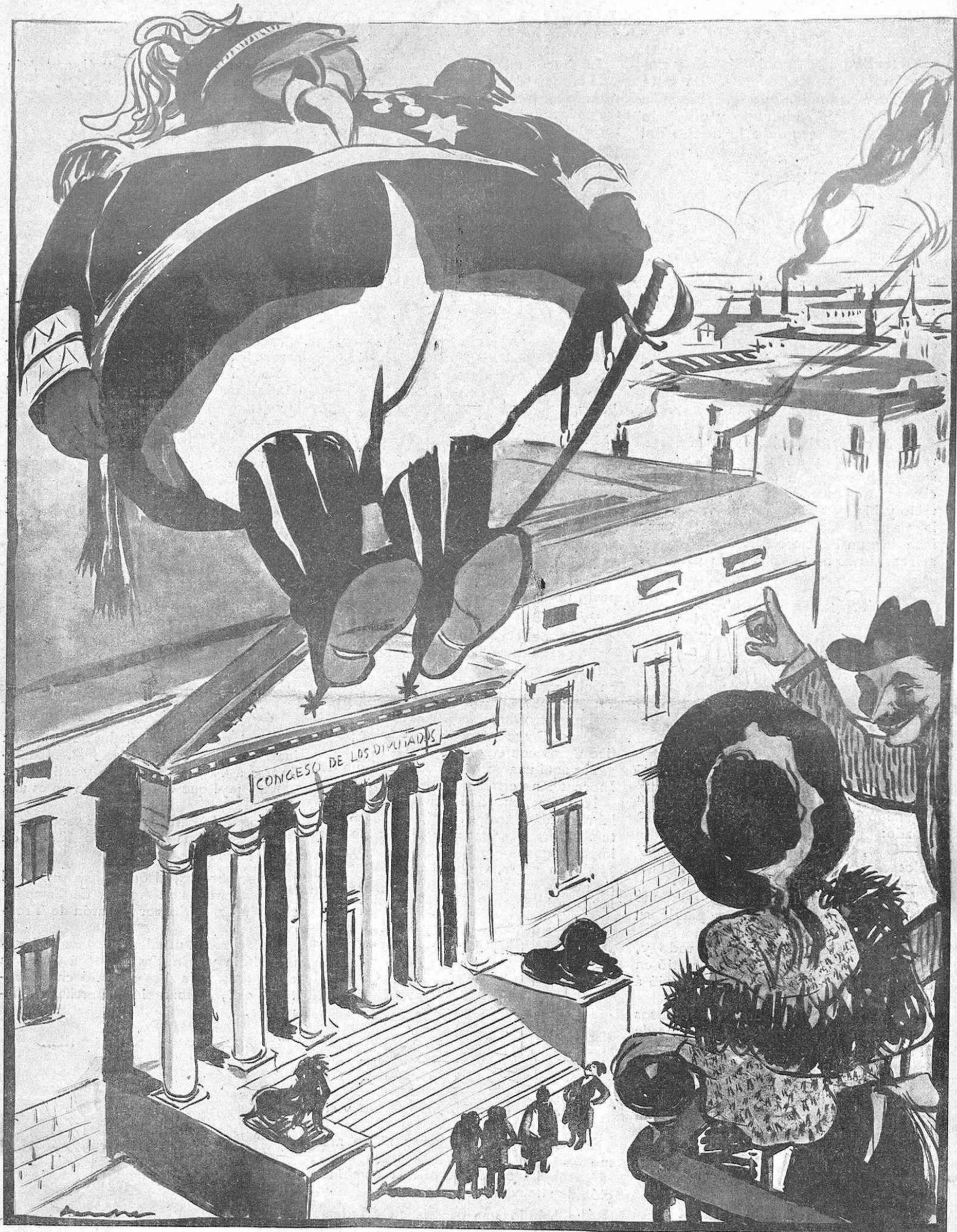
Mote bonito, el que le han puesto al Marqués de Aguilar de Campoo, también conocido por el barón de Tronco-Verde.

Como saben ustedes, se pasa el hombre el día y la noche viendo á ver si se enciende por fin ó se apaga ó chisporrotea ú qué, la consabida antorcha de Himeneo.



Por lo cual, ya todo el mundo le llama el acreditado Don Felipe.

Pero antes que entre en funciones, ¡va á ser menudo el himeneo que se va á llevar! Sólo que sin hi.



EL PRESIDENTE-GLOBO Ó EL «ALCOTAN» POLITICO
DE OTROS GLOBOS NO SE SABE DÓNDE CAERÁN, PERO ÉSTE DE SEGURO QUE CAE EN LAS CORTES